



“Un Principito” Kafkiano

Helen Hernández Páez
Andrés Leal G.
Universidad del Tolima

Cuando Finalizamos de ver el Principito, la película dirigida por Mark Osborne; no pensamos en Antoine de Saint- Exupéry, en aquel piloto desaparecido; pensamos en otro desaparecido que no se diluyó en el aire, sino en *América*, en el castillo inaccesible y el engorroso proceso; en K. o para ser más específicos y aún más laberínticos, en Franz Kafka.

No obstante, cabe preguntarse ¿Por qué Kafka? O mejor dicho ¿En qué aspecto de él? Así, cuando enunciamos ese nombre, no nos referimos a los sistemas hermenéuticos (Esos mismos por los que Susan Sontag siente repugnancia) que lo han fusilado y desvirtuado, buscando en sus palabras, palabras que él no dijo; ni planteamientos teóricos que el escritor no planteó; tampoco en su contexto de praguense judío, en el cual no

encajaba y en el que se perdía; ni mucho menos en el lugar común en que han transformado su *transformación*, o, para pesar de Borges, su mal llamada *metamorfosis*.

Kafka es más que eso, en concreto, es más que especulaciones sacadas de los cabellos por tendenciosos “lectores académicos” que pretenden diseccionarlo, analizarlo y entenderlo bobaliconamente como si fuese un objeto científico (Concordamos más con la interpretación benjaminiana, que se halla próxima a la cábala, pero esa interpretación resulta una inmersión en otro proceso); es por eso que Kafka, todo él, se encuentra en sus libros inconclusos y sus dibujos lacónicos.

Y a todas estas ¿Dónde queda la película de Osborne?, que, a decir verdad, no es sólo una interpretación de la bella obra literaria “El principito”; también lo es del universo creado por Kafka. En ese sentido, es que el film dirigido por el mismo director de la maravillosa *Kung Fu Panda 1*, posee un valor desmesurado audiovisual y literario; puesto que, no devela la limitada representación de algo que fue creado con anterioridad.

La intertextualidad exacerbada, en acción; es lo que se puede considerar luego de percibir esta reciente película estrenada en el 2015; y es por eso mismo que alcanza a dimensionar a Franz Kafka, pues, muestra elementos esenciales que podemos encontrar en su obra; al leer sus palabras jeroglíficas y sus dibujos literarios, porque para Kafka pareciese que tanto la escritura como el dibujo, eran dos maneras de hacer lo mismo, usar líneas; de este modo, coincide con *Jean Cocteau*, cuando éste en *Opio* dice que “Escribir es lo mismo que dibujar: anudar las líneas de tal suerte que se transformen en escritura, o desanudarlas de tal suerte que la escritura devenga dibujo.”

¿Y el principito? Lo que acontece es que la película, nos mostró trazos en dos técnicas de animación (por computadora y cuadro a cuadro) a un principito kafkiano; una arquitectura kafkiana, unos personajes kafkianos, una gama de color kafkiana; un universo salido del Castillo, que aparece etéreo entre las tinieblas y de las cuales, fantasmagórico ingresa Klamt y K. no logra soslayarlas.

Un universo laberíntico, que termina por obnubilar a todo aquel que pretenda ser un lector kafkiano (En el caso del cine, un espectador; aunque no del todo, puesto que se es sobre todo lector, ya sea de palabras, imágenes, películas... el mundo). Lector, leer: figura y acción central en la película el principito, en la obra literaria de Franz Kafka y en el libro de Saint – Exupéry. Aquel que lee se convierte en el verdadero protagonista, pues, por él (nosotros) es que se llega a encarnar *K., el zorro, Gregorio Samsa, Aurora, Hermann Kafka, Jean Cocteau, Karl Rossman...*

En este punto, cabe la pregunta en el caso de Osborne, ¿él cómo encarna ello? En la película *El Principito*, su director como mencionamos someramente antes, se vale de dos técnicas de animación que distan por sus recursos y fines estéticos; puesto que, una con su finura busca emular lo que es la realidad, al punto de reemplazarla; y otra, más rústica, más textual en cuanto a texturas. En otras palabras, una técnica de animación es más artesanal que la otra. Frente a esto y al tener como eco los dibujos realizados

por el mismo Antoine de Saint-Exupery, Osborne mezcla estos dos lenguajes animados, y de ese modo, dilucida de una manera más dicente, las intertextualidades con la obra literaria de Franz Kafka Y el piloto francés.

Punto clave el paralelismo suscitado, pues, por medio de la animación cuadro a cuadro se materializa el mundo del principito: Alegre, colorido, pueril; en el que las frases de sus personajes y las reflexiones desprendidas de ellos inmersos en los múltiples planetas develan un halo de acogimiento; mientras que, con la animación digital se erige despiadado un mundo burocrático y esquizofrénico, donde las casas son todas iguales, calles ortogonales; así como lo son, los rostros de sus residentes; una penumbra grisácea los habita, dejándolos desprovistos de su alteridad. Todos (Casas, calles y habitantes) son simples adultos, aburridos adultos; blancos como hojas de papel en un folder o ficheros introducidos en un infinito archivador.

¿Cómo leemos?, ¿Para qué leemos?, ¿Por qué y cuándo lo hacemos? Son preguntas suscitadas por los susodichos y reiterados escritores y directores. Al fin de cuentas por el Principito, que pone a conversar con nosotros y de manera frontal a Franz Kafka y a Antoine de Saint-Exupery.

Las comparaciones como bien dice el adagio popular, siempre son odiosas; y en éste punto, más que comparar una película con una serie de obras literarias, resulta más prolífico lo que pasa en la conversación entre ambas. Hay que ver y leer películas y libros de esos que en palabras de Kafka:

...muerden y pinchan. Si el libro que estamos leyendo no nos obliga a despertarnos como un puñetazo en la cara, ¿para qué molestarnos en leerlo? ...Lo que necesitamos son libros que nos golpeen como una desgracia dolorosa, como la muerte de alguien a quien queríamos más que a nosotros mismos, libros que nos hagan sentirnos desterrados a los bosques más remotos, lejos de toda presencia humana, algo semejante al suicidio. Un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros. Eso es lo que creo. (Carta de Franz Kafka a Oskar Pollak 1904).